

EL DESAFÍO PALESTINO

¿Podrías contarnos acerca de tus orígenes y de tu trayectoria más temprana?

Nací en Jerusalén en 1954 pero pasé mi infancia aquí, en Ramallah. Mi familia proviene de Deir Ghassaneh, un pueblo situado a unos 20 km de aquí, cerca de Bir Zeit; pero, después de 1948, mi padre se convirtió en el ingeniero municipal de Al Bireh, que está contiguo a Ramallah. La familia Barghouti, una familia extensa, siempre ha sido muy política, muy activa. Bajo el Mandato, mi abuelo y su hermano fueron encarcelados por los británicos. Durante la década de 1950, todo el pueblo fue parte de la oposición de izquierdas al dominio jordano. Fueron los inicios del movimiento nasserista, del panarabismo; la influencia del Partido Comunista Jordano y otras fuerzas de la izquierda también fueron muy fuertes. Yo crecí rodeado de literatura progresista e internacionalista, el punto de vista de mi familia siempre estuvo más formado por la oposición a la injusticia social que por el nacionalismo. Mi padre solía hablar con nosotros de sus compañeros judíos en Tiberiades o Acre. Durante toda mi infancia oí hablar de prisiones. Me contaron que la primera vez que fui a una prisión tenía dos años, me llevaron para visitar a uno de mis tíos que estaba encarcelado, por razones políticas, por supuesto. Después, durante la década de los sesenta hubo muchas olas de manifestaciones y protestas masivas.

Tenías catorce años en el momento de la guerra de 1967. ¿Cuál fue el efecto que produjo en ti?

Esos días me cambiaron. Sentí una enorme responsabilidad. Mi infancia terminó en ese momento. Ahora estábamos bajo la ocupación. Fue el inicio de una misión vital: ¿cómo ser libres? El sentimiento de injusticia era muy fuerte. A pesar de ser todavía un niño, sentí el mundo entero sobre mis espaldas. También existía el sentimiento de fracaso; el enfoque de Nasserite había fracasado, y teníamos que encontrar una alternativa. ¿Cómo un país tan minúsculo como Israel había sido capaz de golpear a todos los ejércitos árabes? ¿Cómo explicar las diferencias entre los grandes discursos y la realidad? Fue una lección para no dejarme engañar

nunca más por la propaganda. Algunos se entregaron al derrotismo: Nasser estaba equivocado, era mejor adoptar la postura proestadounidense, pero nuestra posición fue: no, tenemos que resistir, pero de una manera más fuerte y mejor. Nunca sentí que estaba luchando por la liberación del pueblo palestino sobre unas bases puramente nacionalistas, un pueblo contra otro. Era una lucha contra la opresión, contra la ocupación.

¿Dónde estudiaste medicina?

En Moscú. Fui en el año 1971 y tuve que quedarme allí los siete años para completar mi formación, porque el ejército israelí hubiera hostigado a cualquiera que estaba estudiando en el extranjero si intentaba volver, y yo había sido muy activo en el movimiento estudiantil. Naturalmente seguía los acontecimientos desde casa, fue un periodo muy duro. Volví tan pronto como terminé mis estudios, en 1978, y me especialicé en medicina interna y cardiología en el Hospital Maqased de Jerusalén, el mejor de Palestina en ese tiempo. Por supuesto, todavía era muy activo políticamente en el Partido Comunista Palestino, pero en ese tiempo toda actividad política estaba prohibida, cualquier movimiento era clandestino. Formábamos parte de una nueva forma de resistencia a la ocupación que se desarrolló después de que los jordanos aplastaran a los palestinos durante el «septiembre negro» de 1970, poniendo fin a la primera fase de la lucha armada. El nuevo movimiento fue un movimiento en el que la gente estaba democráticamente implicada en la toma de decisiones. Este es un periodo que no ha sido debidamente estudiado, ya que la atención de los medios de comunicación estaba centrada en las aventuras de la OLP en el Líbano o en Túnez. La gente hacía trabajo voluntario, ayudando en la cosecha de oliva o ayudando a las unidades médicas. A finales de la década de los setenta, se formaron varios comités de resistencia; el Comité Nacional de Orientación, que coordinaba las actividades, el Frente Nacional Palestino, así como comités locales presentes en toda Palestina. Aquí fue dónde tomó forma el embrión de la primera Intifada.

Un importante punto de inflexión se produjo cuando Sadat se dirigió a la Knesset en 1977 y se firmaron al año siguiente los Acuerdos de Camp David: ¡un acuerdo de «paz» sin resolver el problema de la ocupación israelí! Entonces nos dimos cuenta que no podíamos confiar en Egipto, Siria o en cualquier otro país, que no podíamos esperar nada de fuera. Debíamos confiar en nosotros mismos y autoorganizarnos. La resistencia tendría que significar desafiar a la ocupación, desafiar las reglas de Israel.

¿Cómo llegaste a poner en marcha el proyecto de Ayuda Médica?

En Maqased pronto me di cuenta de que bajo la ocupación israelí no se satisfacían ni tan siquiera las necesidades más básicas de salud, como era de esperar, ya que el gasto anual del gobierno por persona era entonces

de 600 \$ para los israelíes y de 18 \$ para los palestinos. Tres cuartas partes de la población palestina vivían en pueblos o en campos de refugiados sin agua potable ni sistemas sanitarios adecuados, y no digamos provisión médica. En 1979 los israelíes impusieron un toque de queda muy largo y severo en Hebrón. Un grupo de doctores progresistas de Maqased partió a Hebrón para ayudar a la gente de allí, pero el ejército israelí no nos dejó pasar. En vez de volver atrás dijimos: «No podemos entrar en Hebrón, pero vamos a hacer algo». Fuimos a Deheishe, el campo de refugiados más cercano. La bienvenida que nos dieron... Jamás olvidaré ese día. La gente no podía creer que los médicos fueran a buscarles allá donde estaban para tratar sus problemas. Volvimos a la semana siguiente y a la siguiente. Este fue el origen de la Ayuda Médica, una organización voluntaria fundada con cinco o seis compañeros. Desde entonces, hemos establecido toda una red de centros de salud de atención primaria, clínicas móviles y programas de gran alcance. También tratamos de publicar los efectos de la ocupación en la prestación del servicio sanitario: las ambulancias volviendo atrás en los puntos de control, personal médico detenido o arrestado, el helicóptero de combate atacando el centro de Ayuda Médica en Gaza, ambulancias sufriendo el fuego de las fuerzas de ocupación israelíes. Es muy frecuente que las ambulancias sean detenidas durante horas en los puntos de control israelíes; las mujeres que han ido a trabajar dejando a los niños allí, sin que les permitan pasar.

Los israelíes no reconocieron Ayuda Médica como una organización, pero decidimos no tomar nota de ello. En 1986, en vísperas de la primera Intifada, había comités de AM por todos los territorios ocupados, incluyendo Gaza. Cuando el gobernador militar israelí vino en persona al campo de Jabaliya para arrestar a nuestro personal médico, con el pretexto de que estaban infringiendo una ley otomana de 1911 —una táctica común: ellos invocan toda una serie de leyes, otomanas, británicas, jordanas, israelíes, y si esto no es suficiente, crean una orden militar—, nosotros mandamos un equipo nuevo; también fueron arrestados, y mandamos otro más, una semana tras otra, llevando doctores extranjeros e israelíes también.

Mientras tanto, nuestros colegas fueron apareciendo ante los tribunales en Israel. Después de un tiempo, las autoridades israelíes simplemente ya no podían hacer frente a ello, especialmente cuando empezaron a aparecer en la prensa internacional de medicina artículos sobre Jabaliya. Curiosamente, cerraron el caso sin retirar los cargos. Al principio, las asociaciones médicas palestinas también estaban en contra de nosotros. Estaban dominados por los estratos más tradicionalistas, mientras que la mayoría de nuestra gente provenía de familias pobres o de refugiados, y se habían convertido en médicos para ayudar a la gente, no para hacer dinero. Nos llamaban beréberes, porque viajábamos a los campos con nuestras maletas de médico. Pero el trabajo que hicimos entonces sentó las bases para una política de salud pública moderna. Desde 1980, la mortalidad infantil en Palestina ha decrecido de 150 a 20 por cada 1000. Es una de las razones del crecimiento demográfico del país, que también es una forma de resistencia.

Dices que la primera Intifada surgió de estos tipos de autoorganización. ¿Cómo empezó la sublevación y cuáles fueron sus resultados?

Se encendió la primera chispa en diciembre de 1987 cuando un camión militar israelí aplastó un coche cerca del campo de Jabaliya, matando a los pasajeros, que eran trabajadores palestinos. La Intifada se extendió rápidamente desde Gaza por toda Cisjordania. Fue una sublevación popular de masas: por todas partes, la gente inundó las calles, desarmada, tan sólo se tiraron algunas piedras, eso fue todo. La respuesta del Ejército israelí fue extremadamente dura: 120.000 personas fueron arrestadas durante los primeros dos años. Rabin, el ministro de Defensa, dio la orden de «romper huesos». Lo decía literalmente. Recuerdo a chicos jóvenes llegando cada día al hospital de Ramallah con las manos destrozadas, los soldados israelíes les hacían ponerse en fila con las manos contra un muro y entonces aplastaban sus muñecas y dedos con rocas. Muchos de nuestros doctores fueron arrestados. Organizaban talleres de salud en la prisión y formaron Comités de Ayuda Médica, las prisiones empezaron a convertirse en universidades populares.

El movimiento de resistencia alcanzó su cima con una enorme manifestación en Jerusalén en las navidades de 1989. Llegaron activistas de todas las partes del mundo, así como el movimiento por la paz israelí, que no era entonces en lo que se ha convertido ahora. Miles de personas formaron una cadena humana alrededor de la ciudad. Este evento, junto a la presión estadounidense, forzó a Yitzhak Shamir a aceptar las conversaciones que se celebraban en Washington y Madrid. Estoy convencido de que en 1988-1989 hubo una oportunidad histórica para resolver la situación sobre las bases de una solución de dos Estados. Habíamos alcanzado el punto donde, parafraseando a Lenin, el ejército israelí ya no podía mantener la ocupación y el pueblo palestino ya no podía seguir tolerándola. Los costes para Israel estaban sobrepasando los beneficios. Por primera vez, apareció como un Estado opresor, usando tanques contra la población civil. El movimiento había atraído mucho apoyo internacional y tenía detrás de él el peso de la opinión popular en los territorios ocupados. Esta dinámica se rompió gracias a los políticos israelíes y palestinos que, supuestamente, debían representarnos. Los acuerdos de Oslo destrozaron esta oportunidad.

¿Cuál fue la relación de la dirección de la OLP en el exilio con la primera Intifada?

Estaban alarmados de ver el movimiento nacionalista interno creciendo de manera tan autónoma y poderosa. La OLP emergió a pequeña escala en Jordania después de 1967, pero en el Líbano durante la década de los setenta creció como un Estado. Se vio infectada por una serie de enfermedades que la convirtieron en una estructura burocrática, plagada de corrupción y de búsqueda de intereses personales; el apoyo financiero recibido de los países productores de petróleo fue un factor crucial en esto. Una revolución

sana nunca es una buena cosa. Pero éste es un problema que deben tratar los palestinos. Durante la década de los setenta las autoridades israelíes hicieron repetidos intentos de crear escisiones entre la OLP, las comunidades palestinas de la diáspora, Cisjordania y Gaza. Establecieron elecciones municipales, con la esperanza de alargar una nueva remesa de líderes colaboracionistas con quien podían hacer negocios. La tentativa fracasó, ya que un 90 por 100 de los diputados electos estaba a favor de la OLP. Entonces Sharon produjo sus «ligas del pueblo», con el objetivo de encontrar un liderazgo más flexible entre las tribus más antiguas. El Comité Nacional de Orientación y las fuerzas progresistas generalmente estaban en el frente de la lucha contra las ligas, y tuvimos éxito en mostrar que eran tan sólo otro puñado de colaboradores sin ninguna legitimidad entre el pueblo palestino. Fue la lucha popular la que finalmente forzó a Israel a tratar con la OLP.

Después de su evacuación desde Beirut a Túnez en 1982, la OLP decidió tensar su vínculo con Cisjordania y Gaza a través de medios burocráticos, mandando fondos, ganándose líderes sindicalistas, poniendo en marcha estructuras paralelas. Serías tensiones emergieron entre el movimiento interno y democrático y los dirigentes del exterior. Los israelíes explotaron con destreza estas diferencias, primero durante las conversaciones en Madrid y luego en Oslo.

Participaste en las conversaciones de Madrid, pero has sido un duro crítico de los acuerdos de Oslo. A pesar de todo, muchos observadores los consideraron dos escenarios de un único proceso.

¡En absoluto! Los dos eran completamente distintos. Por la parte palestina, los negociadores eran dos grupos de personas bastante diferentes. Los israelíes son mercedores de la reputación que tienen a la hora de ejercer una sutil manipulación psicológica sobre sus interlocutores. Se dieron cuenta de que Arafat y la dirección de la OLP estaban aterrados de estar flanqueados en casa. En Madrid, en el año 1991, los medios de comunicación mundiales estaban filmando a Hanan Ashrawi y a Haidar Abd al-Shafi, pero no había nadie de la OLP dado que los israelíes rechazaban hablar con ella. La OLP se asustó ante la idea de que estas figuras pudieran asumir el liderazgo del movimiento nacional palestino, aunque Abd al-Shafi y otros volaran constantemente a Túnez para consultar a Arafat y a sus colegas, e insistían infatigablemente en que la OLP era la auténtica representante de nuestro pueblo, a pesar de las amenazas de Shamir de romper las conversaciones si se mencionaba su nombre. En Madrid tratamos de consolidar la unidad palestina, era decisivo que Israel dejara de erigir un muro entre los representantes internos y externos. Nuestro equipo también era unánime en que no se firmaría nada hasta que Israel hubiera garantizado una congelación de los asentamientos. Para nosotros, ésta era una condición previa clara. Si se firma y se siguen lanzando ataques e invadiendo el territorio, se siguen construyendo asentamientos y extendiendo los ya existentes, entonces el acuerdo carece de sentido.

En abril de 1993, la dirección de la OLP en Túnez, ya embarcada camino a Oslo, bloqueó totalmente nuestras negociaciones. Oslo fue decidido a espaldas de la delegación palestina en Madrid y, por extensión, a espaldas del pueblo palestino. Nosotros supuestamente eramos socios en la lucha; sin embargo, se estaban manteniendo conversaciones secretas sin que se informara de ellas ni tan siquiera a un hombre como Haidar Abd al-Shafi, el líder más respetado de toda Palestina, que había derramado todas sus energías para mantener la unidad de la lucha. Las negociaciones de Oslo fueron un desastre técnico y político. Mientras el equipo de Madrid había recibido las instrucciones previas adecuadamente y tenía a 600 expertos a su disposición, las negociaciones de la OLP en Oslo estaban dirigidas por aficionados. Abu Ala [Ahmed Qureil], Hassan Asfur y Mohammed Abu Kosh eran totalmente inapropiados en términos de experiencia, conocimiento e inteligencia, no disponían ni de sus propios mapas. En agosto de 1993, Ashrawi y Faisal Husseini fueron a Túnez, esperando poder discutir el progreso de sus propias conversaciones y, en vez de eso, se encontraron con los papeles ya firmados por la OLP. Así es como los negociadores de Madrid se enteraron del acuerdo de Oslo, y de lo absurdo de lo acordado. La OLP se había doblegado ante todo lo que la dirección interna había rechazado, y no puso condiciones sobre los asentamientos. Los funcionarios de la OLP se rieron y se jactaron de ellos. Fue muy humillante.

Los israelíes utilizaron una técnica negociadora clásica, pero, en este caso, se valieron de un equipo de profesionales altamente preparados para enfrentarse a un grupo de mediocres aficionados. En diciembre de 1992 se acordó una reunión en Londres entre Abu Ala y dos académicos israelíes, Yair Hirschfeld y Ron Pundak. Hasta donde les concernía a los palestinos, la reunión no fue oficial: no hubo actas; el asunto principal era obtener el reconocimiento. Pero Hirschfeld y Pundak procesaron cada palabra pronunciada por Abu Ala como un compromiso firme. Cuando él se comprometió a lo que ellos proponían, ellos dijeron, «bien, ahora tenemos los documentos suficientes como para convencer al gobierno de que hable con vosotros. Después de todo, nosotros sólo somos académicos. De ahora en adelante tendréis que departir con los funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores». En marzo de 1993 y desde la improvisación tuvieron lugar nuevas conversaciones, con todo lo que Abu Ala había aceptado, de tal suerte que Israel podría aspirar a sacar más beneficio en el proceso. Tres meses más tarde, después de conseguir grandes avances, Uri Savir anunció: «Represento a Shimon Peres, el ministro de Asuntos Exteriores, pero no puedo hablar por Rabin, y puede que éste no esté de acuerdo. Así que tenéis que empezar de nuevo con un representante de Rabin para finalizar el acuerdo». Un abogado de Nueva York, llamado Yoel Singer entró en juego, se trataba de un amigo de Rabin. Por tercera vez comenzaron desde la improvisación (presionados por Singer y aceptando aún más capitulaciones). Más tarde Singer afirmó ante un periodista sentirse sorprendido de que a pesar de que la OLP había respondido a cientos de preguntas, sus representantes no hubieran planteado ninguna pregunta.

De lo que no se dieron cuenta los israelíes es que al aprovecharse tanto de la ingenuidad de los negociadores palestinos, se estaban perjudicando ellos mismos, porque el acuerdo final fue tan desastroso, tan injusto, que ni siquiera los firmantes pudieron respaldarlo. Los delegados palestinos pensaron, «sigamos adelante, después ya veremos». Totalmente irresponsable por su parte. Ésta es la razón por la que la democracia es tan importante en estos casos: porque convierte a los negociadores en responsables ante el pueblo, haciéndoles responder por cada documento que firman. Pero estos líderes, aislados de su país, de su pueblo, no eran conscientes de la importancia de cada coma en cada página.

Incluso con los acuerdos de Oslo totalmente inclinados a su favor, Israel no mantuvo su parte del trato. Aplazaron las fechas, argumentando que el tiempo extra fomentaría una atmósfera de mayor confianza; después utilizaron estos retrasos, sancionados por los acuerdos, por supuesto, para generar sobre el terreno una serie de *faits accomplis*. Una nueva corriente se afianzó en Israel tras el asesinato de Rabin, una corriente en la que Rabin mismo había jugado un papel clave: él mismo fue el primero que propuso el muro de separación en 1995. ¿Si nuestro ejército puede permitirse tomar toda Palestina, rezaba esta doctrina, por qué contentarnos con la mitad? El sistema de las zonas A, B y C sólo dio a la Autoridad Palestina el control real sobre el 18 por 100 de Cisjordania. Si se contempla el recorrido real del muro, se puede comprobar que corresponde exactamente, como era de esperar, con lo que se decidió en Oslo, dado que el ejército israelí elaboró los mapas para los acuerdos y para la construcción del muro. El gobierno israelí decidió, ya en 1968, que una entidad palestina potencial tendría que cumplir tres condiciones. Primera, a una entidad así no se la permitiría compartir una frontera con ningún Estado extranjero; sus fronteras permanecerían bajo control israelí. Segunda, no podría reclamar la autoridad soberana, sólo una autoridad funcional. Tercera, no podría haber un cambio de rumbo de los «hechos sobre el terreno». Oslo cumplía todo esto.

¿Cuál fue la reacción a los acuerdos de Oslo en Palestina?

Fue un *shock* ver cómo la OLP había capitulado, abandonando no sólo el movimiento interno, sino también la diáspora, los refugiados hacinados en los campos de Jordania, Libia, Siria. El pueblo aún sentía un gran respeto y admiración por Arafat, por todo lo que representaba, pero existía un intenso resentimiento generalizado hacia el liderazgo que trataba de obtener la Autoridad Palestina. En la primavera de 1994, cuando los jefes de la Autoridad regresaron a Palestina después de los acuerdos de Oslo, uno tenía la impresión de que venían para cosechar las recompensas de sus esfuerzos. El efecto sobre la sociedad palestina fue catastrófico. El pueblo comenzó a rivalizar entre sí por los empleos y por el dinero, comenzó a preocuparse por quién sería el director, el subdirector, el viceministro, y cuánto dinero iban a ganar, porque había mucho dinero en juego, en parte

de las financiaciones externas, en parte proveniente de los ingresos tributarios. Lo que los israelíes no habían sido capaces de obtener directamente de nosotros lo obtenían ahora con la mediación de la Autoridad Palestina. Como consecuencia, el movimiento nacional se encontró a sí mismo profundamente confuso y desmoralizado. No teníamos nada en contra de las negociaciones, estábamos en el lado de la paz, pero queríamos un acuerdo decisivo que facilitara la independencia y soberanía legítimas y no este pseudoacuerdo sin perfilar con un ambiguo plan de cumplimiento. Se trataba de una solución falsa.

A partir de 1993 comenzamos a desarrollar una lucha en dos frentes. Uno contra la ocupación, que ahora se había reforzado tras una engañosa apariencia de «paz», con nuevas ofensivas, y nuevos puntos de control a lo largo de todo el país. Entre la firma en 1993 y el estallido de la segunda Intifada en 2000, los israelíes construyeron 102 nuevos asentamientos y redoblaron el tamaño de los ya existentes. Contrariamente a lo que muchos creen, Israel introdujo su política de puestos de control durante el periodo de Oslo. Antes de las negociaciones de Madrid, uno podía viajar libremente dentro y fuera de Jerusalén o Gaza. Ahora existen 703 puestos de control.

Al mismo tiempo, teníamos que luchar internamente contra la Autoridad Palestina. No sólo eran nuestros líderes completamente ineptos para negociar con Israel, sino que estaban transformándose ellos mismos rápidamente en aparatos gigantescos de seguridad; 56.000 policías de un total de 140.000 funcionarios de la Autoridad Palestina, que consumen el 34 por 100 del presupuesto. Comparado con el 8 por 100 para la salud, y el 2 por 100 para la agricultura. Así que era necesario fomentar un nuevo movimiento, que continuara la lucha por un Estado independiente palestino, pero que también tuviera una dimensión social, un programa claro de acción sobre la salud, la educación y los impuestos.

El fortalecimiento de la Autoridad Palestina ponía en peligro muchas de las campañas independientes y de las redes que se habían desarrollado antes del periodo de Oslo. La Autoridad había funcionado siguiendo las mismas directrices que los gobiernos totalitarios árabes que le daban refugio. Intentó controlar cada aspecto de la vida, prohibiendo las elecciones internas a los dirigentes de los sindicatos, por ejemplo. Cuando los profesores se pusieron en huelga por el derecho a elegir a sus propios líderes sindicales en los años 1998 y 1999, la AP hizo pedazos la huelga y envió a prisión a los militantes. Muchos profesores perdieron sus trabajos. La mayoría de las ONG les ampararon, para seguir recibiendo dinero. Virtualmente, todos los partidos políticos habían sido anexionados por la Autoridad, incluyendo la llamada oposición. Todos ellos dependen de la AP para financiar a su personal que trabaja a tiempo completo. Nuestra ala en el Partido del Pueblo Palestino, el antiguo PCP, luchó por una línea alternativa, por construir un movimiento democrático popular en oposición a la Autoridad. Pero la vieja guardia del Partido quería colaborar con

la AP, y Arafat fue ágil eligiéndola como socia. El secretario general se convirtió en el ministro de Industria en 1996, aunque cayó enfermo poco después. Los únicos partidos que no cogíamos dinero de la Autoridad éramos Hamas y nosotros mismos, la Iniciativa Nacional Palestina. Hamas es un movimiento muy rico, porque recibe dinero del exterior. Nosotros somos muy pobres, pero ello no es un problema. Significa que nadie viene a nosotros si es un oportunista.

¿Cuál es tu opinión de Fatah? Desde fuera parece una nebulosa amorfa en la que coexisten tendencias opuestas. La mayoría parece estar detrás de Arafat y de la Autoridad, pero otras facciones optan por perpetrar atentados, que la AP condena. Se confirió el título de izquierda, cuando la izquierda era fuerte, y ahora parece ser de derechas, más inclinada hacia las posiciones de Hamas, especialmente sobre las mujeres.

Fatah no es un movimiento homogéneo, sino que está compuesto por muchos elementos que provienen, digamos, ¡de la extrema derecha al extremo centro! Solía tener una rama de izquierdas poderosa, pero ha sido eliminada gradualmente, especialmente después de que la AP asumiera el poder en 1993. Desde entonces, Fatah ha emergido como parte de la Autoridad, se ha convertido en un partido de gobierno. Ésta es la razón de su doble discurso, porque no se puede ser un movimiento de liberación nacional y una Autoridad bajo la ocupación al mismo tiempo. Crea todo tipo de dilemas sin solución. No diría que Fatah está inclinándose hacia Hamas; ha adoptado los métodos de Hamas porque se sentía amenazado por ese lado. El apoyo popular de Fatah ha caído del 60 por 100 en 1994 al 24 por 100 de hoy; a pesar de lo equivocadas que puedan estar las encuestas de opinión, la tendencia es clara. Con Fatah y la AP vista como colaboracionista con los israelíes, Hamas podría presentarse a sí misma como la única fuerza de resistencia. Fatah entonces se encontró a sí misma bajo una gran presión interna para llevar a cabo acciones como las de Hamas, otro cambio de rumbo equivocado. Por una parte, ambos se apoyan sobre los sectores más tradicionalistas de la sociedad palestina. Compiten por los mismos votantes. Cuando Fatah condena las cuotas de representación de las mujeres y determinadas reformas democráticas, es sólo para no perder terreno entre los estratos más conservadores. Por todas estas razones, es difícil para Fatah ser consecuente. ¿Es un movimiento de liberación nacional, ¿o está negociando la transformación de Palestina en una reserva israelí? ¿Estás de acuerdo con colaborar con la ocupación, o la rechazas, perdiendo así tu *status* como Autoridad? Fatah ha intentado siempre hacer ambas cosas a la vez, con un componente de extrema derecha dispuesto a negociar con Israel a cualquier precio, y otro que aparece como héroe de la lucha armada. Este doble discurso es insostenible.

Durante la presente Intifada dos errores, de los cuales Fatah tiene una gran responsabilidad, han dañado seriamente nuestra causa. El primero es

la militarización, el segundo es este lenguaje dual de condenar los ataques suicidas, pero llevarlos a cabo; de condenar los movimientos políticos de Israel, pero mantener conversaciones con él. Hemos luchado para arrancarles un rechazo formal al plan de Sharon para la denominada «desvinculación» de Gaza, claramente opuesta a los intereses de Palestina; se trata de otro intento de dividirnos para institucionalizar la fragmentación, al igual que quieren hacer con la diáspora palestina en el Líbano, en Jordania, en el Golfo. La AP no se arriesga a desaprobarlo, ellos quieren «mantener abierta la puerta». Esto no es flexibilidad, es indecisión, derivada de la necesidad de satisfacer demasiadas tendencias dispares, también en relación con los países árabes. Detrás de las consignas, no existe una línea clara. Éste es el motivo de que Fatah esté viéndose perjudicado por Hamas, no porque la sociedad palestina se esté volviendo más fundamentalista.

¿Qué pasa con Hamas?

Durante la década de los ochenta, Israel estimuló el crecimiento del fundamentalismo, especialmente en Gaza, pero también en Cisjordania, como una vía para menoscabar los movimientos seculares de resistencia. Los islamistas eran libres de moverse de un lado para otro y su filantropía podía operar abiertamente, mientras que nosotros no teníamos existencia oficial. Algunos grupos estaban incluso subvencionados. Aumentando el fundamentalismo musulmán, los israelíes esperaban menoscabar a la OLP. Lo mismo sucedió en Egipto y en otros Estados árabes. La apuesta pronto tuvo un efecto contraproducente. Hamas, un acrónimo de «Movimiento Islámico de Resistencia» fue fundado en la primavera de 1988. Era una rama de los Hermanos Musulmanes, un movimiento relativamente moderado y tradicional, diferente a muchos grupos chiíes, por ejemplo; en Egipto y Jordania, formó una oposición medianamente moderada que no desafió los principios del gobierno, como hizo la Jihad Islámica.

Hamas se radicalizó por la brutalidad de la ocupación, por la violencia utilizada para reprimir la primera Intifada, por las deterioradas condiciones económicas y la desaparición de la esperanza. Pero a pesar de todo, debe ser incluido en el proceso democrático, e invitado a participar en las elecciones. Como doctores, conocemos con qué facilidad las personas mezclan causas y síntomas. La violencia, el extremismo, el fundamentalismo y los ataques suicidas son síntomas. Con el paso del tiempo, las personas se desesperan cada vez más y se vuelven más violentas, pero las causas de esto son la ocupación, la opresión y la injusticia. No debemos exagerar el poder de Hamas. Su apoyo ha crecido desde 1994, pero sólo del 8 al 24 por 100. Hamas escogió boicotear las elecciones de 1996, como hizo el FPLP y el Frente Democrático, pero la concurrencia fue del 73 por 100 de los votantes registrados. No demandó negociaciones, ya que el 92 por 100 de la población respaldó las conversaciones de Madrid. Hamas se oponía a los acuerdos de Oslo, como nosotros, pero el 63 por 100

de los palestinos los respaldaron con la esperanza de que Israel nos diera finalmente algo.

¿Estás en contacto con ellos?

Por supuesto. Hablamos con ellos, tratamos de persuadirlos de hacer esto y no aquello. Hamas es mucho más que un campo proliferante de kamikazes. Mantiene una red social altamente desarrollada y facilita muchos servicios en temas de salud, vivienda y educación, aunque los explote por fines políticos. Pero la tendencia más sobresaliente en las políticas palestinas de las últimas décadas ha sido el espectacular aumento en aquellos que no se identifican con ningún movimiento existente (por encima del 9 por 100 en 1994, el 45 por 100 en la actualidad). Son personas críticas con respecto a la corrupción y el caos de la Autoridad, críticas en relación con sus capitulaciones ante Israel, pero que al mismo tiempo rechazan el fundamentalismo de Hamas. Éste es el electorado de nuestro movimiento; Al Mubadara (Iniciativa Nacional Palestina) tiene como objetivo conquistar el poder con un claro programa sobre la independencia palestina, pero también sobre la democracia.

¿Cuáles son los orígenes de Al Mubadara, la Iniciativa Nacional Palestina, y a qué fuerzas moviliza?

Sus orígenes descansan en el levantamiento de septiembre de 2000, la segunda Intifada. Cuando estalló, estábamos en la calle argumentando que esto era la Intifada de la Independencia, mientras que Hamas lo llamó la Intifada Al-Aqsa. Los dirigentes del PPP no entendían la importancia de esta distinción, esta afirmación de secularidad. Lamentablemente, el Partido parecía haberse convertido en un grupo de comentaristas de eventos, más que de participantes. Criticaban esto y lo otro, pero cuando les preguntabas qué hacer al respecto no sabían qué responder; mientras, nuestras filas iban conquistando más seguidores. Junto con Marwan Barghouti, fue nuestra posición la que tuvo el mayor impacto en ese momento.

Así que decidí continuar para fundar una oposición democrática alternativa sin el Partido. Contacté con Abd al-Shafi, Ibrahim Dakkak y Edward Said, que se convirtió en un excelente amigo durante sus últimos años de vida. Era obvio que necesitábamos un renacimiento del movimiento palestino, refundado sobre algo que el mundo exterior pudiera entender. En octubre de 2000 publicamos nuestro manifiesto: un programa secular para una Intifada no violenta y desmilitarizada, que fue respaldado por 10.000 seguidores. Éste fue el comienzo de Al Mubadara. Fue oficialmente fundada en junio de 2002, en el momento de la nueva invasión israelí. Inmediatamente se asociaron 500 figuras prominentes. En ese punto, Arafat me ofreció un puesto ministerial en su gobierno. Presionó al PPP,

que a su vez me presionaba a mí para que aceptara. Así que en abril de 2003 dimití del Partido. Al Mubadara es una coalición democrática, abierta a toda una gama de individuos y grupos de izquierdas seculares (sindicatos, el movimiento de las mujeres, organizaciones sociales civiles), aunque hasta ahora han sido personas a título individual las que se han aproximado a nosotros. Esperamos convertirnos en un paraguas para varios movimientos. Nos comprometemos con acciones colectivas con el FPLP, y nos uniríamos con ellos en una alianza democrática. La gente de Fatah viene también a vernos, incluso individuos religiosos que están en desacuerdo con el fundamentalismo, porque son demócratas. Uno de nuestros líderes en Qalqilya pertenecía a un grupo religioso. Pero, cuando estábamos reclutando nuevas personas adeptas, impusimos una regla radical: sólo aceptamos grupos completamente independientes, tanto de Hamas como de otros movimientos fundamentalistas, y de la Autoridad Palestina. Algunas personas afirman que les gustaría trabajar con nosotros, pero permanecen en la Autoridad. Esto no es posible. No puedes ser parte de una oposición democrática y del gobierno. Tienes que elegir.

¿Cómo definirías la estrategia de Al Mubadara?

Nuestro objetivo es reactivar el movimiento popular de resistencia que se extinguió con los acuerdos de Oslo. También necesitamos reconstituir los lazos entre los territorios ocupados y la diáspora. Durante el periodo de Oslo, muchos palestinos fuera del país se sintieron traicionados, pensando que la Autoridad les había olvidado. Finalmente, es imperioso establecer puntos de contacto con los israelíes. Hemos trabajado con una gran variedad de grupos israelíes (Mujeres de Negro, Gush Shalom, Yesh Gvul, Ta'ayush), manifestándonos contra la invasión de Iraq o contra el muro de la separación.

Nuestra estrategia es tratar de unir la lucha popular contra la ocupación con una acción de base diseñada para ayudar a las personas a que permanezcan donde están, porque, si se quedan, Israel fracasa, mientras que, si se marchan, nosotros somos los vencidos. Ésta es la razón por la que movilizarse en la comunidad es tan importante para nosotros, trabajando desde la salud, la agricultura y la educación para ayudar a la población. En segundo lugar, necesitamos reconstruir el apoyo y la solidaridad internacional. Esto es vital por dos motivos: por la ayuda directa que facilita, y también por su apoyo en nuestra lucha contra los fundamentalistas. Dicen: «Estamos solos, todo el mundo está en nuestra contra, todos los judíos están contra nosotros, Europa está contra nosotros». Este sentimiento de aislamiento alimenta el fundamentalismo. He discutido con ellos frecuentemente sobre este asunto en distintas reuniones, y ello representa un dilema para muchas personas: ¿cómo pueden estar contra los extranjeros que nos ayudan a establecer un alto al fuego, que actúan como escudos humanos para protegernos arriesgando sus propias vidas? De hecho, muchos miembros de Hamas se han unido a manifestaciones con nosotros y con nuestros apoyos internacionales.

No pedimos un boicot sino sanciones contra el Estado de Israel por haber violado las Convenciones de Ginebra y la ley internacional. Específicamente: la suspensión de los acuerdos entre la UE e Israel, que este último incumple cuando se niega a respetar los derechos humanos; de toda la cooperación militar con Israel, actualmente uno de los más grandes exportadores de armas del mundo; detener la inversión en Israel; cortar las relaciones culturales en el ámbito intergubernamental.

Tú fuiste candidato presidencial de Al Mubadara en las elecciones de enero de 2005. Pero ¿pueden celebrarse unas elecciones libres bajo la ocupación actual, con el ejército israelí omnipresente, y los sondeos prohibidos en la zona este de Jerusalén?

Éste es justamente el motivo de que las elecciones sean tan importantes: son un instrumento de la lucha por una liberación no violenta. El gobierno israelí siempre ha pretendido decidir quién debe dirigirnos, qué acuerdos teníamos que aceptar. La única manera de tener negociadores legítimos entre los palestinos es que éstos sean elegidos regularmente y sean responsables ante el pueblo, sean derrocados si pisotean los derechos de las personas. Es especialmente vital en estos momentos, en los que Israel está tratando de instalar un nuevo estrato de subcontratistas para gobernar Palestina, un aparato de seguridad dotado de un personal colaboracionista, dispuesto a defender los intereses israelíes contra su propio pueblo.

Nuestra campaña encontró múltiples obstáculos: el prejuicio de los medios de comunicación mundiales en favor de Mahmud Abbas (Abu Mazen), la canalización ilegal de los recursos financieros de la AP y toda la red burocrática que la apoyaba, además del respaldo masivo de los israelíes y de los estadounidenses, que habiéndole hecho candidato, movieron cielo y tierra para impedir nuestro progreso. La decisión de Hamas de boicotear las elecciones también contribuyó indirectamente a la elección de Abbas, ya que los líderes del movimiento dieron orden a sus militantes de que no votaran.

Como candidato presidencial fui acosado por los soldados israelíes en siete ocasiones durante la campaña, y fui arrestado dos veces en Jerusalén para que no hablara. Pero el choque más fuerte que he sufrido fue ver la actitud de las emisoras de televisiones árabes supuestamente profesionales: ellas también, bajo fuerte presión política sin duda, respaldaron al candidato de Fatah. A pesar de todo tratamos de consolidar una coalición democrática fuerte en apoyo a la campaña de Al Mubadara: el FPLP, las asociaciones independientes, los comités de trabajadores, eminentes figuras de la izquierda democrática como Abd al-Shafi, islamistas moderados incluyendo a Abd al-Sattar Qassem y muchas agrupaciones de la sociedad civil palestina. Miles de voluntarios vinieron para ayudar y numerosos donantes privados contribuyeron con fondos. Al final, obtuvimos cerca de un 25 por 100 del total de los votos, alcanzando el 30 por

100 en las ciudades más grandes como Hebrón, Nablus y Beit Jala. Según los sondeos, nuestro principal apoyo vino de las mujeres, la gente joven, licenciados, empleados autónomos de la AP y aquellos que estaban más implicados en la lucha por los derechos palestinos. En una atmósfera menos opresiva, podríamos haber obtenido, sin duda, aún mejores resultados.

¿Qué tipo de soluciones al conflicto Palestina-Israel visualizaría?

Existen dos opciones. La primera es, obviamente, un Estado palestino independiente. Como mínimo, éste se perfilaría de acuerdo a las fronteras de 1967 (sólo el 23 por 100 de la Palestina histórica) y tendría Jerusalén Este como capital. Todos los asentamientos, sin excepción, tendrían que ser desmantelados. Sus ocupantes podrían permanecer si así lo desearan, ya que no quieren más expulsiones, pero tendrían que estar bajo soberanía palestina. Personalmente, no vería ninguna objeción a que este Estado estuviera desmilitarizado, a condición de que hubiera una fuerza internacional que nos protegiera. Pero los límites deberían responder a acuerdos internacionales. Si Israel persiste en su actual política, si sigue con su intento de imponer una serie de reservas, comenzando con Gaza y continuando a lo largo de Cisjordania, si mantiene en pie el muro de la separación, entonces no existirá la posibilidad real de construir un Estado independiente. En este punto, la única solución alternativa sería un único Estado democrático, en el cual todos los ciudadanos fueran iguales. Por supuesto este Estado no sería exclusivamente judío, tendría que ser tanto judío como palestino. Es difícil para muchas personas en Israel considerar esta posibilidad. El gobierno israelí ha pretendido acorralar a los palestinos en una esquina del tablero de ajedrez donde ya no hay ninguna elección. Si acordamos una solución de dos Estados, lo que se nos ofrece son las reservas. Y, si decimos que en esas condiciones preferimos un único Estado binacional, entonces se nos acusa de querer destruir Israel. Pero la política actual estadounidense-israelí de imposición por la fuerza de una solución injusta al estilo de Oslo sólo puede llevarnos a radicalizar el fundamentalismo en los territorios ocupados. Si Palestina se convierte en un Estado policial conformado por una serie de reservas, el resultado será desastroso para ambos pueblos.

Éste es un extracto inédito de Mustafa Barghouti, Rester sur la montagne: Entretiens sur la Palestine avec Eric Hazan, de próxima publicación en Éditions La Fabrique, París.